ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA ASCENSIÓN HUMANA

Es tan imponente la pendiente vencida por algunos, y que tratan de escalar otros, que al intentar abarcarla con una mirada, por un esfuerzo de nuestra imaginación, nuestro pensamiento se rinde extenuado ante la sola idea de tan interminable viaje. Desde el alma embrionaria del último de los salvajes, hasta el alma espiritualmente perfecta, libre y triunfante del hombre divino, prosigue la larga procesión, y apenas puede concebirse que la una contenga en germen todo lo que manifiesta la otra, y que la diferencia entre ambas no sea más que una diferencia de evolución, estando la una todavía en el comienzo de esa «ascensión del hombre» que la otra está concluyendo. Pero si piensa uno que por debajo del salvaje se extienden largas series de razas infrahumanas, animales, vegetales, minerales y esencias elementales; y que por encima del hombre perfecto se eleva en gradaciones infinitas la jerarquía humana, Choans, Manus, Buddhas, Constructores, Lipikas, poderosas cohortes que ningún mortal puede contar ni enumerar; entonces la evolución humana con sus grados tan diversos, considerada como un simple peldaño de una escala grandísima, parece reducirse á proporciones muy modestas; y la ascensión humana no es

tampoco sino un grado único en la evolución de las vidas que se extienden, como ininterrumpida cadena, desde la esencia elemental hasta el esplendor de Dios manifestado.

Hemos seguido ya la ascensión del hombre desde el nacimiento del alma embrionaria hasta la efloración de la espiritualidad; hemos estudiado los peldaños franqueados por la conciencia á medida que pasa, desenvolviéndose, del dominio de la sensación al del pensamiento. Hemos visto al hombre recorriendo incesantemente el ciclo del nacimiento y de la muerte en los tres mundos, recogiendo en cada uno una cosecha apropiada, y hallando en cada uno también muchas ocasiones de progreso. Vamos á seguirle ahora á través de los estados que finalizan su evolución estados que están aún por llegar para la mayoría de la humanidad, pero que los mayores entre sus hijos han franqueado, y que un reducido número de hombres y de mujeres tratan de escalar hoy mismo.

Esos estados se han subdividido en dos categorías: la primera constituye lo que se llama «El Sendero de la prueba», la segunda «El Sendero» propiamente dicho ó el «Sendero del discípulo». Los estudiaremos según el orden indicado.

A medida que se desenvuelve la naturaleza intelectual, moral y espiritual del hombre, y á medida que llega á tener conciencia del objeto de la vida, experimenta un anhelo por asegurar en su propia persona la realización de ese objeto. La repetida sed de los goces materiales, seguida de su completa posesión y de la inevitable laxitud que les acompaña, le hacen sentir gradualmente la naturaleza efímera y engañosa de los mejores dones de la tierra. Tantas veces se suceden para él el esfuerzo, el éxito, el goce, la saciedad, el entusiasmo, que enojado se vuelve á cuanto la tierra puede ofrecerle, suspirando su alma: «¿Para qué todo eso?» «Todo es vanidad, fastidio.» Miles y miles de veces ha parecido eso para sentir luego una decepción en la posesión misma. Esas alegrías no son sino ilusiones semejantes á las burbujas que vagan en la superficie del agua, burbujas de colores hechiceros, con tonos irisados, pero se deshacen al menor contacto. Estoy harto de sombras, necesito realidades; anhelante y angustioso busco lo eterno y lo verdadero; quiero liberarme de las cadenas que me sujetan y retienen prisionero en este mundo de apariencias cambiantes.»

Concebid esa tierra tan bella como la han soñado los poetas, desvaneced todos los males, aumentad todos los goces, dad á toda belleza un nuevo brillo, elevad todo á la perfección: el alma sentirá íntimamente que no estará menos rendida y sabe que se extraviaría, vacía de todo deseo, en ese paraíso terrestre. He ahí el sentimiento íntimo que provoca en el fondo del alma esa primer llamada á la liberación. Para ella, la tierra no es más que una prisión, ¿para qué adornarla? Lo que el alma quiere es el espacio libre, sin límites, el que se extiende más allá de los muros de su calabozo. El cielo mismo no le atrae tampoco, como la tierra. Lo abandona como lo demás; los goces celestes han perdido su atractivo, las alegrías intelectuales y sentimentales del paraíso no tienen el don de satisfacerle. Son «pasajeros, efímeros», como los contactos sensoriales, son limitados, fugaces, no proporcionan una satisfacción definitiva. El alma abandona todo lo que cambia; la laxitud de ella misma clama reclamando su libertad.

Muchas veces esa concepción de la vanidad de las cosas terrenales y celestes, á modo de un relámpago fugaz, no hace más que iluminar un instante la conciencia del hombre. Luego los mundos exteriores afirman nuevamente su imperio, y la caricia engañadora de sus goces ilusorios llega á mecer al alma, contentándola por un momento. Muchas vidas han de pasarse llenas de nobles trabajos, de desinteresadas empresas, de puros pensamientos, de acciones sublimes, antes de que ese sentimiento de aniquilación de toda cosa fenomenal llegue á ser la actitud permanente de ella. Pero en fin, tarde ó temprano, el alma se decide á romper con el cielo y la tierra, considerándoles incapaces para satisfacer sus necesidades; y ese instante, en el que se aparta una vez para siempre de lo pasajero, en el que afirma claramente su voluntad de no atender sino á lo eterno, señala su entrada en el Sendero de la prueba. El alma abandona desde entonces el camino llano y sencillo de la evolución normal para afrontar la ardua pendiente que conduce á la cumbre del monte, decidida á sustraerse de la servidumbre de las vidas terrenales y celestes para alcanzar la atmósfera libre de lo alto.

La tarea que se le impone al hombre en el Sendero de la prueba es completamente mental y moral. Debe prepararse gradualmente para «reconocer á su Maestro frente á frente.»

Pero expliquemos antes de nada lo que significa la frase «su Maestro.»

Hay séres elevados pertenecientes á nuestra raza, séres que han concluído su evolución humana, y á los que hemos aludido ya como constituyendo una fraternidad cuyo papel consiste en activar y guiar la evolución humana. Esos grandes séres, los Maestros, continúan encarnando voluntariamente en los cuerpos humanos á fin de constituir el lazo de unión entre nuestra humanidad y lo que está por encima de ella. Ellos permiten á cualquiera que llene ciertas condiciones el que sea su discípulo. Bajo su influencia directa se cumple rápidamente, y el discípulo entra á su vez en la gran fraternidad y puede con libertad participar del glorioso y bienhechor trabajo que desempeña para el hombre.

Los Maestros velan siempre sobre la raza, y se fijan en todos los que por la práctica de sus virtudes, por un trabajo desinteresado ó un esfuerzo intelectual consagrado al servicio de los hombres, por la devoción sincera, la piedad y la pureza, destacan de la masa de sus semejantes y son capaces de recibir una asistencia más especial que la concedida á la humanidad en su conjunto.

Antes de recibir un socorro especial, el individuo debe dar prueba de una recepción especial, pues los Maestros presiden la distribución de las energías espirituales que deben activar la evolución global de la humanidad, y la utilización de esas energías por la creciente precocidad de un alma particular no se permite sino en tanto que esa alma es realmente capaz de un progreso rápido; después ella llegará en seguida á ser á su vez uno de los servidores de la raza y empezará á dar á sus semejantes los socorros que haya recibido. Así, cuando un hombre, utilizando completamente el auxilio obtenido por medio de la religión y de la filosofía, ha llegado por sus propios esfuerzos á la cresta de la ola humana que avanza, y ha demostrado una naturaleza amante, desinteresada y segura, es objeto de una atención particularísima por parte de los Guardianes de la raza que velan siempre por ella. Se suscitan además ocasiones especiales en su camino para probar su fuerza y provocar el despertar de su intuición. Tanto más se aprovecha de esas ocasiones, tanto más es ayudado; los resplandores de la vida real se proyectan en su conciencia hasta mostrarle de un modo

cada vez más claro la naturaleza engañadora é irreal de la existencia terrestre. De ahí esa laxitud, ya indicada, que no deja al hombre otro deseo que el de la liberación y le lleva á la entrada del Sendero de la prueba.

La entrada en este sendero le convierte en un discípulo (*chela*) en expectativa de prueba. Uno de los Maestros le acoge bajo su guarda, reconociéndole como un hombre que ha dejado el camino ordinario de la evolución para buscar al Instructor destinado á guiar sus pasos á lo largo del áspero y estrecho sendero. Desde que entra en el sendero el Instructor le atiende. El neófito, sin embargo, no conoce á su Maestro; éste sí, y conoce sus esfuerzos, guía sus pasos, le coloca en las condiciones más adecuadas para favorecer su progreso y vela sobre él con la tierna solicitud de una madre, con la prudencia que nace de la perfecta intuición. El camino puede parecer solitario y sombrío, pero «un amigo más íntimo que el mejor de los hermanos» está siempre allí, y los socorros que los sentidos no perciben se reciben directamente en el alma.

Hay cuatro cualidades morales, perfectamente determinadas, que el chela en expectativa de prueba debe procurar adquirir. Tal es la condición impuesta por la sabiduría de la Gran Fraternidad á quien quiere ser un discípulo propiamente dicho. No es necesario, con todo, que esas cualidades se desenvuelvan en toda su perfección, pero el discípulo debe trabajar por adquirirlas y debe poseerlas en parte antes que la iniciación se lo permita.

La primera de esas cualidades es el discernimiento entre lo real y lo irreal, cualidad que ha aparecido ya en el alma del discípulo, puesto que es la que le ha conducido á la entrada del sendero que seguirá en adelante. La distinción se acentúa entonces cada vez con más claridad en su espíritu y llega gradualmente á liberarle en gran parte de las trabas que le sujetan; pues la segunda cualidad, la indiferencia por las cosas exteriores, es la consecuencia natural del discernimiento que con toda claridad evidencia su poco valor. El neófito aprende que esa laxitud que robaba á su existencia todo su sabor, se debía á las decepciones constantes procedentes de que buscaba su satisfacción en lo irreal, cuando únicamente lo real puede satisfacer al alma. Aprende que todas las formas no son reales y que están desprovistas de estabilidad, que se transforman ince-

santemente bajo el aguijón de la vida, y que nada hay real en el mundo como no sea la vida Una inconscientemente buscada y amada bajo los múltiples velos que la ocultan á nuestra vista. El creciente discernimiento se estimula de un modo enérgico con las múltiples vicisitudes, con el torrente de circunstancias bruscamente variables, en medio de las cuales se encuentra el discípulo ordinariamente envuelto. Tales contrastes tienen por objeto hacerle sentir con más intensidad la inestabilidad de las cosas externas. Las existencias sucesivas de un discípulo, ordinariamente son vidas tempestuosas y atormentadas; pues las mismas cualidades que en el hombre ordinario se desenvolverán tras una larga sucesión de vidas en los tres mundos, deben desplegarse sin retardo en el discípulo dirigiéndose á la perfección por un rápido crecimiento. A fuerza de pasar con brusquedad de la alegría á la tristeza, de la calma á la tormenta, del reposo al trabajo, el discípulo llega á no ver en esas vicisitudes más que formas no reales y á sentir, á través de todas ellas, una continua corriente de vida que no cambia. Llega á ser indiferente á las cosas inestables como á las ausentes, y su vista se fija cada vez más en la inconmovible y perpetuamente presente realidad.

Al cultivar esta suerte de intuición y de estabilidad, el neófito trabaja en la adquisición de la tercera de las cualidades requeridas, cuyo conjunto de seis atributos mentales se le exige antes de admitirle á seguir el Sendero propiamente dicho. No está obligado á poseerlos todos con perfección, pero todos ellos debe haberlos adquirido, cuando menos parcialmente, antes que se le permita ir más adelante.

En primer lugar, el neófito debe adquirir imperio sobre los pensamientos que crea sin cesar en su inteligencia, agitada y turbulenta, «tan difícil de domeñar como el viento» (1). La práctica sostenida, cotidiana, de la meditación, de la concentración, hállase ya establecida, desde antes de la entrada en el Sendero de la prueba, y pone en orden á la mentalidad rebelde; y así, con una concentrada energía trabaja para completar su obra el discípulo, porque sabe que el inmenso acrecentamiento de potencia mental que acompañará á su rápido crecimiento, constituirá un peligro para sus semejantes y para él mismo, á

(1) *Bhagavad Gita*, VI, 34.

menos que la fuerza agigantada no sea domeñada por completo. Valdría tanto entregar dinamita á un niño para que jugase, como el confiar los poderes creadores del pensamiento á las manos de un egoista ó de un ambicioso.

En segundo lugar, el chela novicio debe venir á la dominación interior, la posesión exterior; debe regular sus palabras y sus acciones tan rigurosamente como sus pensamientos. La naturaleza inferior debe obedecer á la inteligencia, como ésta debe obedecer al alma. Los servicios que el discípulo puede hacer en el mundo externo dependen del puro y noble ejemplo que su conducta ofrezca á los hombres, lo mismo que lo puede hacer en el mundo interno depende de la estabilidad y de la fuerza de sus pensamientos. El descuido respecto á esas regiones inferiores de la actividad basta muchas veces para estropear una buena obra. El aspirante deberá esforzarse en ir hacia un ideal perfecto bajo todos respectos, temiendo el tropezar, más tarde, en el Sendero, acogiendo las blasfemias del enemigo. Ahora bien; como ya hemos dicho, semejante grado de perfección no se exige todavía sobre ningún punto, pero si el aspirante es sabio va siempre hacia la perfección; pues sabe que aun haciendo lo mejor quedará siempre muy por debajo de su ideal.

La tercer virtud que el candidato á la iniciación debe dar acogida en la construcción de su edificio mental, es la sublime y amplia virtud de la tolerancia: la aceptación pacífica de todo hombre, de todo sér, tal como es, sin tratar de hacerle otro, sin querer que se pliegue á las exigencias de nuestro gusto particular. El aspirante comienza á comprender que la Vida Una reviste apariencias innúmeras que son buenas todas ellas en tiempo y en lugar, y acepta cada manifestación determinada de esta vida sin querer transformarla en otra cosa distinta. Aprende á venerar la Sabiduría que ha concebido el plan de este universo, y cuya ejecución dirige, y considera serenamente los fragmentos aún imperfectos que desarrollan con lentitud la trama de su existencia parcial. El borracho en camino de deletrear el alfabeto de los sufrimientos que producen la supremacía de la naturaleza inferior, hace por su nivel una obra tan útil como el santo que acaba de aprender las más elevadas lecciones que la tierra puede dar, y sería injusto exigir del uno ó del otro más de lo que pueden cumplir. El uno está en un

grado del «kindergarten» (1), asimilando, gracias á las lecciones de cosas, una instrucción rudimentaria todavía; el otro, pronto á dejar el universo pasa á los últimos exámenes. Ambos obran como conviene á su edad y á su situación, y nos debemos poner *á su nivel* para llevarles ayuda y simpatía. He aquí una de las lecciones que enseña lo que en ocultismo se llama «la tolerancia».

En cuarto lugar, el aspirante debe indurarse, debe cultivar la paciencia que soporta todo, sin debilitarse jamás, y perseguir rectamente el fin de su camino sin interrumpirla. Nada ocurre sino por la Ley, y él sabe que la Ley es buena. Comprende que el pedregoso sendero conduce derechamente á la cumbre y sube las atrevidas pendientes, que no pueden seguirse con tanta comodidad como el camino amplio y frecuentado que rodea los flancos del monte como un interminable meandro. Comprende que ha de satisfacer en brevísimas existencias todas las obligaciones kármicas acumuladas en su pasado, y que la importancia de los vencimientos efectuados debe crecer con la rapidez del pago.

Las continuas luchas en cuyo seno el aspirante se halla envuelto, desarrollan gradualmente en él el quinto atributo: la fe. La fe en su Maestro y la fe en sí mismo, una confianza serena y firme que nada puede conmover. Aprende á confiarse en la sabiduría, en el amor y en el poder de su Maestro, y comienza á sentir—no ya sólo á afirmar verbalmente—al Dios que reside en su corazón y que debe extender poco á poco su imperio sobre todas las cosas.

El último atributo mental, el equilibrio, se desenvuelve en cierta medida, sin necesidad de esfuerzo consciente, mientras el aspirante trabaja en la adquisición de los cinco anteriores. El mero hecho de *querer* seguir el sendero indica que la naturaleza superior comienza á desplegarse y que el mundo externo definitivamente se relega á un segundo término. Después, los sostenidos esfuerzos ejecutados para dirigir la vida más conveniente al discípulo, vienen á desatar poco á poco al alma de todos los lazos que la atan todavía á la vida de los sentidos. A medida que el alma aparta su atención de los objetos inferio-

(1) Jardín de la infancia, que diríamos en castellano. Escuela frœbeliana, donde se enseña á los niños por medio de juegos ingeniosos. —(N. del T.)

res, la atención que éstos ejercen sobre ella disminuye. «Ante la sobriedad del sér que reside en el cuerpo, desaparecen» (1) impotentes y pierden en seguida todo el poder de producir el desequilibrio. Aprende, pues, á moverse serenamente, impasible, entre los objetos de los sentidos, no teniendo para ellos ni deseo ni aversión. Los cuidados intelectuales de toda suerte, las alternativas de alegría y sufrimiento mental, las bruscas alteraciones introducidas en su vida por los cuidados de su Maestro, siempre vigilante, todas esas vicisitudes contribuyen á la fortificación de la preciosa virtud del equilibrio en el aspirante.

Una vez adquiridos estos seis atributos mentales en suficiente medida por el chela en expectativa á situación de prueba, no le falta más que la cuarta cualidad de las requeridas: el intenso y profundo deseo de liberación, la sed ardiente del alma que quiere unirse á Dios, deseo que lleva consigo la promesa de su propia realización. He aquí al aspirante pronto á entrar en seguida en el estado de verdadero discípulo; pues una vez afirmado claramente este deseo, jamás podrá destruirse. El alma que lo ha experimentado ya no podrá apagar su sed en las fuentes terrenales; sus aguas le parecerán insípidas y se alejará de ellas con una sed más intensa por la senda vivificante de la Vida real. Al llegar á este grado, es «el hombre apto para recibir la iniciación», presto para «entrar en la corriente» que le separará por siempre de los intereses de la vida terrenal, salvo en lo que ella pueda servir á su Maestro y ayudar á la evolución de la raza. Para él la separación no existirá en adelante; su vida deberá ofrecerse sobre el altar de la humanidad y gozoso sacrifica todo lo que es, á fin de utilizarlo á favor del bien común (2).

---

(1) *Bhagavad Gîta*, II, 59.

(2) El estudiante querrá sin duda conocer los nombres técnicos que designan en sanscrito y en pali esos grados del Sendero de prueba. Esto le permitirá hallarlos en las obras especiales:

SANSCRITO (EMPLEADO POR LOS HINDOS)	PALI (EMPLEADO POR LOS BUDDHISTAS)
1. *Viveka*, discernimiento de lo real y lo no real.	1. *Manodvaravadjjana*, apertura de las puertas de la inteligencia; convicción adquirida de la fragilidad de las cosas terrenales.

Durante los años empleados en adquirir las cuatro cualidades fundamentales, el chela, en estado de prueba, habrá realizado bajo otros sentidos considerables progresos. Habrá recibido de su Maestro muchas enseñanzas, enseñanzas dadas generalmente durante el sueño profundo del cuerpo. El alma vestida de su cuerpo astral bien organizado, se acostumbrará á utilizar ese cuerpo como vehículo de su conciencia é irá frecuentemente hacia su Maestro para recibir de él la instrucción y la iluminación espiritual. Habrá sido acostumbrada á la meditación, y esa práctica efectiva fuera del cuerpo físico vivificará y dirigirá al estado de función activa más de un poder superior. Durante esas horas de meditación sobre el plano astral, la conciencia habrá llegado á las cimas más elevadas del sér, aprendiendo á conocer mejor la vida del plano mental. El neófito habrá aprendido á emplear en servicio del hombre sus grandísimos poderes, y una gran parte de las horas de libertad que le proporciona el sueño del cuerpo la consagrará á socorrer á las almas arrojadas en el mundo astral por la muerte, á auxiliar á las víctimas de los accidentes, á instruir á los hermanos menos avanzados que él, y á ayudar en gran manera á todos los que necesitan ser ayudados. Así el alma colabora, según sus humildes medios, al trabajo bienhechor de los Maestros y se asocia, en la medida de su esfuerzo, á la obra de su Sublime Fraternidad.

Mientras prosigue el Sendero de la prueba ó en una época ulterior, se ofrece al chela el privilegio de cumplir uno de esos actos de renunciación que señalan la ascensión más rápida del hombre. Se le permite «renunciar al devakhan», es decir, renunciar la gloriosa existencia que le aguarda en los regiones celestes, después de liberarse del mundo físico, existencia que

---

2. *Vairagya*, indiferencia hacia lo no real y transitorio.

3. *Shatsampatti*:
- *Shama*, dominio del pensamiento.
- *Dama*, dominio de la conducta.
- *Uparati*, tolerancia.
- *Titiksha*, paciencia
- *Shraddhâ*, fe.
- *Samadhama*, equilibrio.

4. *Mumuksha*, deseo de liberación.

El hombre siempre es el *Adhikari*.

2. *Parikamma*, preparación para la acción; indiferencia hacia los frutos de ella.

3. *Upacharo*, conducta, con las mismas subdivisiones de los hindos.

4. *Anuloma*, orden ó sucesión directa, virtud que procede de las tres precedentes.

El hombre es, pues, el *Gotrabhu*.

en este caso pasará en su mayor parte en la región media del mundo «arûpa» en compañía de los Maestros y en medio de los puros y sublimes goces de la sabiduría y del amor. Si el chela deja esa recompensa de una vida noble y devota, las fuerzas espirituales que había consumido en el devakhan, libertados, pueden emplearse en el servicio del mundo, mientras que él mismo permanece sobre el plano astral aguardando un renacimiento casi inmediato sobre la tierra. En semejante caso su Maestro es quien escoge el lugar donde ha de volver y el que preside su reencarnación. El chela es conducido así á un medio adecuado para asegurar su utilidad en el mundo, entre las condiciones más favorables para su progreso y para el trabajo que en él le aguarda. Y consigue en este punto que todos sus intereses individuales se subordinen á la obra divina, y que su voluntad se fije inmutablemente en el servicio, sin inquietarse del lugar en que lo presta, ni del género de trabajo que le incumbe. Abandónase también gozosamente en manos de quien le inspira confianza, aceptando de buen grado el lugar en que pueda prestar al mundo los mejores servicios y desempeñar su papel en la obra gloriosa de Aquellos que ayudan á la evolución humana. ¡Dichosa la familia en la que nace un niño habitado por un alma semejante! Tal criatura lleva consigo la bendición del Maestro que le vela y le guía constantemente, y que le presta todo su concurso, ayudándole para adquirir en seguida el imperio sobre sus vehículos inferiores.

Ocurre á veces, si bien muy raramente, que un chela reencarna en un cuerpo que ha atravesado ya la infancia y la primer juventud como tabernáculo de un «Ego» menos desarrollado. Y cuando un alma viene á la tierra para un período brevísimo, para quince ó veinte años, por ejemplo, se ve obligada á dejar su cuerpo al llegar á la adolescencia, después de haber sufrido todo el trabajo de primer formación y de hallarse en vías de llegar á ser muy pronto un vehículo verdaderamente útil para la inteligencia. Si un cuerpo tal se halla ser buenísimo y que puede convenir á cualquier chela presto á reencarnar, será cuidado durante la vida del primer ocupante, en vista de una utilización posible cuando aquél no tenga necesidad de él. Cuando el «Ego» acaba su período vital, desencarna para pasar al kamaloca y de ahí al devakhan, el chela en instancia de encarnación, se apodera de la envoltura abandonada, y el

cuerpo aparentemente muerto revive bajo la acción del nuevo ocupante. Semejantes casos, aunque muy raros, no son desconocidos de los ocultistas, y uno puede encontrar en las obras ocultas pasajes que se refieren á ellos.

El progreso del alma del chela continúa, aparte de que su reencarnación sea normal ó anormal; y el momento llega, como ya se ha visto, cuando el hombre «está pronto á recibir la iniciación.» Por esta puerta de la iniciación entra chela definitivamente aceptado, en el Sendero propiamente dicho.

El Sendero sostiene cuatro grados distintos y la entrada á cada uno está guardada por una iniciación. Cada iniciación está acompañada de una expansión de la conciencia individual y da así la «clave del saber», que pertenece al grado correspondiente. Al mismo tiempo da también la clave del poder, porque en todos los reinos de la naturaleza saber y poder marchan á la par.

Una vez dentro del Sendero, el chela viene á ser «el hombre que no tiene casa» (1), porque no considera á la tierra como su morada. No tiene tampoco residencia especial, y la única patria que conoce es el sitio donde puede servir á su Maestro. Mientras franquea este primer grado del Sendero, tres obstáculos llamados técnicamente «trabas» ó «lazos» deberán evitarse; pues ahora que el hombre se dirige á grandes pasos hacia la perfección, trata de eliminar radicalmente los defectos de carácter, llevando hasta lo último las tareas que se ha impuesto.

Las tres trabas de que debe librarse el discípulo antes de ser admitido á la recepción de la segunda iniciación, son: la ilusión del «yo» personal, la duda y la superstición. El yo personal debe conscientemente sentirse como una ilusión y debe perder por siempre la facultad de imponerse al alma como una realidad. El discípulo debe sentirse uno con los demás; todos los séres deben vivir y alentar en él como él vive y alienta en ellos. La duda debe desaparecer de su corazón abolida por el conocimiento y no por el esfuerzo de una voluntad ciega. Debe conocer la reencarnación, el Karma y la existencia de los Maestros como hechos, hechos no sólo aceptados como intelectual-

(1) A este grado el hindo le llama Pariuraddjaka: el hombre errante. El buddhista lo denomina Sotapatti: el que entra en la corriente. Estos nombres sirven para designar al chela en la primera y en la segunda iniciación.

mente necesarios, sino conocidos como fenómenos de la naturaleza, comprobados por él mismo, de suerte que ninguna duda sobre esos puntos pueda en adelante ocupar su espíritu. La superstición, por último, cae por sí misma á medida que el hombre se eleva en el conocimiento de las realidades y á medida que comprende el papel desempeñado en la economía de la naturaleza por los ritos y las ceremonias. Él aprende, también entonces, á utilizar esos diversos medios sin ligarse por ninguno.

Cuando el chela ha rechazado estos tres lazos—tarea que necesita á veces una labor de muchas encarnaciones, pero que puede reducirse para alguno á las proporciones de una sola vida—ve abrirse ante él la segunda iniciación con su nueva «clave del saber» y con sus amplios horizontes. El discípulo ve disminuir rápidamente el período de existencia obligatoria que le espera aún sobre la tierra; porque llegando á este punto franqueará la tercera y la cuarta iniciación en su encarnación actual ó en aquella que va á seguir (1).

En este grado el discípulo debe desarrollar y hacer más activas las facultades internas, aquellas que pertenecen á los cuerpos sutiles, porque en adelante necesitará de ellas para su servicio en las regiones más elevadas del universo. Si los hubiese desenvuelto anteriormente, este estado podrá ser entonces brevísimo. No obstante, el alma puede verse obligada á franquear una vez más las puertas de la mente antes de pasar al siguiente grado.

La tercer iniciación hace del discípulo el «Cisne», el sér que remonta su vuelo al Empíreo, el maravilloso Pájaro de Vida sobre el que existen tantas leyendas (2). En este tercer grado del Sendero el hombre debe rechazar aún dos trabas, la cuarta y la quinta: el deseo y la aversión. Ve en todos el Yo único, y el velo externo, por agradable que sea, no puede cegarle. Ve del mismo modo todos los séres; y el germen precioso de la tolerancia, ya cultivado en el Sendero de la prueba, se desparrama ahora en un amor universal, cuya ternura irradia sobre

(1) El chela en el segundo grado del Sendero es para el hindo el *Kutitchaka:* el hombre que construye una cabaña. Alcanza una estación de reposo. El buddhista lo denomina *Sakadagamin:* el que no renacerá otra vez.

(2) En términos hindos, el *Hamsa,* el que concibe el «yo soy eso.» Para los buddhistas el *Anàgamin:* el que no renacerá otra vez.

todo lo existente. El discípulo el «amigo de todas las criaturas», él «ama todo lo que tiene vida» en un mundo donde todo es viviente.

Encarnación viva del amor divino, el hombre franquea en seguida la puerta de la cuarta iniciación que le admite al cuarto grado del Sendero. Entonces es el Santo, el Venerable, el que está «más allá de la individualidad» (1). En este grado el discípulo permanece tanto tiempo como lo desee, eliminando los últimos lazos que le atan aún á las regiones inferiores, interceptándole con su red sutilísima el camino de la liberación final. Rechaza toda sujeción hacia la existencia «formal», como toda sujeción hacia la vida «sin forma». Por sutiles que puedan parecer, esas sujeciones no constituyen menores obstáculos, y el hombre debe ser enteramente libre. Debe moverse á través de los tres mundos, sin que *nada* pueda detenerle. Los esplendores del «mundo sin forma» deben ser también impotentes para seducirle como las bellezas concretas de los mundos de la forma.

Después el Arhat rechaza—la hazaña más difícil de todas—el último lazo de la separatividad, la facultad que crea el «Yo» (2), tendencia perteneciente á la naturaleza del alma individual, y que hace que el individuo se considere instintivamente como un sér aparte y distinto de los demás. Las últimas sombras de esta tendencia deben desaparecer, porque la conciencia del hombre reside en adelante siempre, aun en el estado de vigilia, sobre el plano búddhico, donde el Yo de todos es conocido y sentido como Uno. Esta tendencia (ahamkara) nacida con el alma, es la esencia misma de la individualidad, y persiste hasta el día en que todo lo que en el alma individual tiene algún valor es absorbido por la Mónada. En el umbral de la liberación, la separatividad, cumplida su obra, debe abandonarse. Ella deja á la Mónada su resultado inestimable, sentimiento de identidad individual que es tan puro y tan sutil que no oculta más, en el Sér, la conciencia de la Unidad. Entonces todos los elementos susceptibles de responder á los contactos irritantes del exterior desaparecen fácilmente, y el chela queda

(1) *Paramahansa* en hindo: el que está más allá del yo. El buddhista lo llama *Arhat:* venerable.

(2) *Ahamkara*, más generalmente *Mùna*, orgullo, porque el orgullo es la más sutil manifestación del Yo individual, distinguiéndose de los demás séres.

revestido de ese glorioso vestido de paz inmutable que nada puede trastornar. En fin, la destrucción completa de la separatividad ha barrido del campo de la visión espiritual las últimas sombras capaces de velar su intuición penetrante, y en la contemplación de la Unidad, la ignorancia (1)—la limitación que da origen á la separatividad—desaparece por siempre. El hombre es ahora perfecto; ha conquistado su libertad.

He aquí que llega al fin del Sendero, y el fin del Sendero es el umbral del Nirvana. Ya durante la primer etapa del Sendero, el chela conocía ese maravilloso estado de conciencia que le fué accesible durante el sueño del cuerpo físico. Ahora, franqueado el umbral, la conciencia nirvánica viene á ser su estado normal, porque el Nirvana es la morada del sér libertado (2). Él ha finalizado la ascensión humana, ha alcanzado el límite de la humanidad. Por encima de él se extienden las cohortes de séres poderosos, pero que son sobrehumanos. La crucifixión en la carne ha concluído, ha sonado la hora de la liberación, y el grito de triunfo: «¡Todo se ha consumado!» suena en los labios del vencedor. ¡Ved! Ha franqueado el umbral, ha desaparecido en el resplandor de la luz nirvánica. No sabemos qué misterios nos vela esa luz; vagamente sentimos que el Yo supremo es encontrado y que el alma amante se une con su Bien Amado. La larga indagación ha concluído, la sed del corazón se ha calmado por siempre, y el hombre ha entrado en la alegría de su Señor.

Pero ¿ha perdido la tierra su hijo? ¿La humanidad ha sido abándonada por su hijo triunfante? No. Vedle aquí que surge del seno de su resplandor divino. Reaparece al umbral del Nirvana, encarnación viviente de la luz suprema, vestido de una gloria indecible, Hijo de Dios manifestado. Pero esta vez Su rostro está vuelto hacia la tierra, Sus ojos irradian una compasión infinita sobre los hijos de los hombres, Sus hermanos, según la carne. No puede dejarles errar en la miseria, dispersados como ovejas sin pastor. Revestido de la majestad de un renunciamiento sublime, irradiando la fuerza que da una sabi-

(1) *Avidya*, el primero de los *Nidànas*, la primera y la última de las ilusiones que crea los mundos separados. No desaparece sino después de conseguir la liberación.

(2) *Jivanmukla:* «vida libertada» de los hindos; el *Asekha:* «el que nada tiene que aprender» de los buddhistas.

duría perfecta, y el «poder de una vida eterna» vuelve sobre la tierra á bendecir y á guiar á la humanidad, Maestro de la Sabiduría, Instructor real, Hombre divino.

Vuelto á la tierra, el Maestro se consagra al servicio de la humanidad con fuerzas más grandes que cuando seguía el Sendero de la iniciación. No tiene otro cuidado que ayudar á los hombres, y todas las potencias de que dispone las emplea en activar la evolución del mundo. Paga á los que se aproximan al Sendero la deuda contraída cuando no era más que un discípulo. Les guía, les ayuda, les instruye como Él fué guiado, ayudado é instruído.

Tales son los grados, los escalones de la ascensión humana. Desde el último de los salvajes hasta el Hombre divino se extiende la cadena y sube hasta el fin supremo donde tiende toda la raza, hasta la gloria sin límites que todos alcanzaremos un día.

Annie BESANT.

CARTAS ÍNTIMAS SOBRE TEOSOFÍA

MI QUERIDA CARMEN: Dice un aforismo que tal como es arriba así es abajo. Esto parece demostrar que por deducción podemos resolver los más intrincados problemas, tanto físicos como psíquicos ó espirituales.

Así, pues, contando siempre con tu benevolencia, me permito hacerte una pregunta, la cual me he hecho yo algunas veces y que no he podido resolver satisfactoriamente, dados mis escasos conocimientos teosóficos.

Dime, ¿qué relación existe entre la atracción y la repulsión, entre la simpatía y la antipatía, entre el amor y el odio?

Te abraza y te es eternamente reconocida,

Emma.

San Gervasio 20 Septiembre 1906.

MI QUERIDA EMMA: El asunto que me sometes á resolverte es para mí altamente interesante, y si no puedo satisfacerte por completo te diré, sin embargo, el resultado de mis meditaciones, y tú, con tu penetrante intuición, llenarás los vacíos que en mi exposición encuentres.

Me preguntas: «¿Qué relación existe entre la atracción y la repulsión, entre la simpatía y la antipatía, entre el amor y el odio?»

Yo creo que los tres aspectos de esta pregunta pueden resumirse en el último, esto es, ¿qué relación existe entre el amor y el odio? Digo esto porque la atracción y la repulsión, la simpatía y la antipatía son, en mi concepto, aspectos ó derivados del amor y el odio.

Ahora bien, como tú sabes, el amor, en sí mismo, es una esencia inmutable y eterna que palpita en el fondo de cada sér y de cada cosa. Este amor tiene diferentes modos de manifestación, los cuales se exteriorizan en uno ú otro aspecto, según sean los vehículos que le sirven de expresión. Cuando se manifiesta en los planos inferiores del sér, presenta, como si dijésemos, un aspecto invertido, y es origen de «los pares de opuestos» de que tan sabiamente nos habla el *Bhagavad-Gîta*. Surgen entonces el amor (pasión, deseo, egoísmo) y el odio (voluntad contrariada), hijos del error y de la ignorancia, pero cuya raíz es santa, pues tiene origen en el sagrario del alma, donde reside el amor eterno. El amor busca su expresión; el ideal que lo encarna vive en el fondo de cada sér desde el principio. Pero el Amor Divino debió sumergirse en la materia á fin de alcanzar la conciencia de sí mismo, y el fruto del árbol que da el conocimiento del bien y del mal hubo de envenenar momentáneamente sus aguas. Esta divina esencia en el hombre debía «conocerse á sí misma» en todos los planos del sér, debía conquistar la materia y sus reinos, debía purificarla y hacerla un digno vehículo de su esplendor, y el Padre creó la ilusión que da origen á la conciencia individual. Y se produjeron las *tres cualidades*, Satva, Rajas y Tamas, que caracterizan el mundo manifestado. Satva es Sabiduría y Amor; la cualidad de Rajas puede sintetizarse en Acción, y Tamas es Tinieblas ó Ignorancia.

Tú sabes todo esto mejor que yo, pues en el *Gîta* está expuesto magistralmente. Pero hago referencia á estas cualidades ó *gemas* por la íntima relación que tienen con el esclarecimiento de tu pregunta.

Nosotros vivimos en estos tres aspectos, y nuestro fin es sintetizarlos en Satva. Entonces nuestro amor, el amor humano, no se convertirá jamás en odio, ni este último tendrá lugar en el hombre bajo ninguno de sus aspectos. La mayor parte de las

veces, lo que los hombres llamamos amor no es otra cosa que egoísmo, es la sombra del amor, su lado opuesto; deseamos el sacrificio del objeto amado en lugar de desear su libertad; deseamos la recompensa, la correspondencia; quisiéramos que el objeto de nuestro amor fuese tal como nosotros queremos que sea y no tal como realmente es, y nuestro deseo quiere para sí el objeto *en quien cree ver* satisfechas sus aspiraciones. Este castigo terrible á que el hombre se halla sujeto por su ignorancia es el origen del odio. Cada desengaño, cada tentativa frustrada para lograr el objeto apetecido reaccionan sobre él, y la Voluntad, que dió vida á los deseos é ilusiones, siendo contrariada en su corriente de acción, reacciona sobre el hombre personal y egoísta, sobre el hombre inferior, y da vida á todo el ejército de pasiones no dominadas—odio, celos, envidia—y si el hombre no es fuerte, si es un sér poco evolucionado, crea un Karma terrible, pues desconociendo la Justicia Divina se convierte en el instrumento ciego de su propia desdicha para el futuro.

Así, pues, la relación que existe entre la atracción y la repulsión, la simpatía y la antipatía, el amor y el odio, es IGNORANCIA.

El amor, cuando es amor y no egoísmo, es libre, confiado, fuerte, desinteresado, y se halla por encima de toda pasión, pues es más grande que la pasión y su fuerza sobrepuja las tinieblas de la ignorancia. El amor es sabio, es la sabiduría misma, y, por lo tanto, es copartícipe de la Vida Eterna. No puede cambiar ni palidecer, pues ha existido siempre. «El amor es Dios», ha dicho un sabio. El amor es Dios en nosotros, y este dios interno es el origen de nuestro pequeño universo individual. Ahora bien; nosotros sabemos por un conocimiento innato que Dios es infalible; así, pues, este dios interno nuestro, chispa del Dios Universal y copartícipe de su conciencia, es también infalible, y una vez el amor humano se ha identificado con el divino, esta infalibilidad es manifiesta y no errará á la ventura fijándose en los objetos externos, sino que *conocerá su objeto* y ninguna ilusión le apartará de él. Lo que fué hecho por Dios ningún hombre puede borrarlo.

Muchos estudiantes de Teosofía caen en el mismo error en que han caído la mayoría de los adeptos y secuaces de las diferentes escuelas religiosas presentes y pasadas. Imaginan que lo espiritual debe ser alcanzado *matando* lo humano.

No, y mil veces no; lo humano debe ser ***subyugado*** á fin de que no pueda ser arrastrado á la acción por las *ilusiones de los sentidos externos,* pero debe permanecer *vivo,* más vivo que nunca, para obedecer sumiso á los mandatos del Yo superior y para obrar siempre *de acuerdo* con la ley y no bajo los impulsos del ignorante yo inferior.

Mira lo que dice un fragmento que tú has leído seguramente:

«¡Cuán fácil y sencillo se ve todo cuando los ojos han sido abiertos, y, sin embargo, cuán incomprensible parece todo cuando la visión espiritual no ha sido alcanzada ó ha sido simplemente turbada y obscurecida! La naturaleza, en su generosidad infinita, ha dotado al hombre en los planos externos de facsímiles exactos á los de sus funciones internas. En verdad, aquellos que tengan ojos pueden ver, y aquellos que tengan oídos pueden oir» (1).

¿Lo ves? «Tal como es arriba así es abajo.» Pero lo de abajo, para alcanzar vida eterna, debe identificarse con lo de arriba, debe estar *al unísono,* de lo contrario perdurará el dolor.

Nada más te añadiré, pues tú *tienes ojos y oídos,* y los míos son aún débiles para permanecer fijos mirando al Sol, como los de Beatriz.

La verdad debe ser nuestro báculo y nuestro norte. No el sentido vacío de la palabra verdad como una cosa lejana que debemos alcanzar, sino la verdad como una cosa viviente en todo nuestro modo de ser actual, viviente en nuestros pensamientos y en nuestros actos, y procurando ser nosotros mismos la encarnación misma de la verdad, y esperémoslo todo de la Ley, pues viviendo verdad caminamos con ella; es el modo de ver *realizadas* las más altas aspiraciones.

Te abraza tu amiga de siempre,

Barcelona 2 Octubre 1906. *Carmen.*

---

(1) *Doctrina del Corazón,* pág. 67.

Gabriela Cunninghame Graham.

En prensa ya nuestro número anterior, recibimos la dolorosa noticia del fallecimiento de Mrs. Cunninghame Graham, la más afecta de nuestras amigas y una casi hermana mayor nuestra. La pérdida que experimentamos es una prueba á que se nos somete por el Destino ahora que necesitábamos tanto de nuestra excelente amiga, y que tanto podía ofrecernos de su inmenso tesoro de bondad y de ciencia.

Nuestra amiga no gozaba en España, ciertamente, del verdadero renombre á que era acreedora, si ese renombre consiste en una constante invocación, pero sí gozaba de él entre un círculo de españoles estudiosos que rinden culto á la verdad y á la justicia, y era en él tan estimada como ha de ser venerada en lo nuestro.

Ha muerto separándose del ruído de la vida, porque se iniciaba en el camino que ha de seguirse en la noche obscura del alma para su liberación definitiva, y, naturalmente, de noche, «sin ser notada», ha traspasado las murallas de esta prisión. ¿Quién puede fijarse, quién repara en aquellas que se liberan á diario entre nosotros? Un periódico únicamente, *La Correspondencia de España*, le ha consagrado un cariñoso recuerdo tributado por la pluma de Ramiro de Maeztu, una de las más bellas esperanzas de nuestras letras.

He aquí lo que ha dicho este escritor, refiriéndose á nuestra amiga, lo que transcribimos, sin suscribir ciertos extremos que comprenderán nuestros lectores, y que se disculpan dada la naturaleza del trabajo del Sr. Maeztu.

Ha muerto, no hace muchas semanas, en *Hendaya* una escritora inglesa amiga nuestra, y que debiera ser también la amiga de todos los artistas españoles. Y en estos días se ha verificado su entierro en

Escocia. La muerta se llamaba Gabriela Cunninghame Graham, y es la autora del libro más hermoso que ningún extranjero ha escrito en tiempo alguno, sobre un tema español. Ese libro se titula *Santa Teresa—Her Life and Times*—(Santa Teresa; su vida y su tiempo).

Hay extranjeros que saben más cosas, respecto de España, que la muerta; hay otros que describen en forma más esplendorosa nuestros paisajes y nuestros monumentos; pero ninguno ha penetrado con más acierto que Gabriela Cunninghame Graham en el alma española. La vida de Santa Teresa es una verdadera resurrección, no sólo de la santa y de los carmelitas de antaño, y de los místicos españoles contemporáneos y de aquellos fieros y rígidos sacerdotes de la Inquisición, sino de todo Castilla, y, principalmente, de la vida de entonces, «cantos y santos», como reza el dicho; los santos se han ido, sólo las piedras quedan, añade la muerta en el maravilloso prólogo de su obra capital.

Es en Ávila, entre las piedras de Ávila, donde acaso debería hallarse enterrada Gabriela Cunninghame Graham, ya que á la ciudad de Santa Teresa había consagrado lo mejor de su corta vida, y aun en estos últimos años no sentía otro deseo que el de tener fuerzas bastantes para escribir las vidas de los compañeros de Santa Teresa. No ha podido ser. Cuando el cronista, al venir á Londres, conoció á la muerta, sus fuerzas físicas eran ya tan escasas que apenas le era dable conversar con nadie sobre un tema algo profundo, sin que á este ejercicio de la atención sucediera una especie de letargo que duraba muchos días.

A pesar de ello, no dejó de estar en correspondencia regular con el cronista hasta los últimos tiempos. Gustaba sobre todo de la amistad y aprecio de los españoles. Y ha muerto á las puertas de España, en Hendaya, frente al castillo de Carlos V en Fuenterrabía, que hablaba á su imaginación poderosa de los tiempos de Santa Teresa y de su Ávila querida. Tal vez la idea de morir á las puertas de España, sugeriría en su ánimo un simbolismo irónico, porque una de las cosas que amargaban su espíritu era el hecho de que no se la hubiese conocido y estimado en España como ella merecía ser conocida y estimada.

Hace ya años—los dos grandes tomos de su *Vida de Santa Teresa* se publicaron en Londres en 1894—estuvo á punto de ser traducida al castellano su obra capital. La causa de que no lo fuera ignórala el cronista; pero aún es preciso leer en inglés el libro en que con simpatía más profunda ha penetrado un extranjero en el alma histórica de España. Después se trató de nombrar á Gabriela Cunninghame Graham miembro correspondiente de nuestra Academia de la Historia. Y ello tampoco se hizo. Lo impidieron pequeñas envidias, acaso el deseo de evitar que la atención que el nombramiento suscitase en torno á la autora de la vida de una santa española no amenguara la que entonces despertaba en España la adaptación al castellano de la vida de un santo italiano, escrita originalmente por un protestante francés.

Tampoco en Inglaterra logró su libro todo el éxito que merecía. Ello se debió principalmente á que fué publicado al precio de 34 chelines los dos tomos, precio prohibitivo, si se tiene en cuenta que los lectores de libros de esa clase no suelen pertenecer en Inglaterra á las clases ricas, principalmente entretenidas en divertirse ó en hacer más dinero. Poco á poco, sin embargo, fueron enterándose los intelectuales ingleses de que se había escrito un libro que es magistral contribución á la historia del misticismo cristiano. Y ya últimamente, aunque el nombre de Gabriela Cunninghame Graham no había trascendido con frecuencia á los periódicos de á medio penique ni á las revistas de gran circulación, en cambio era pronunciado con el mayor respeto por los verdaderos intelectuales del país, y no cabe dudar de que este respeto se habría traducido pronto en éxitos editoriales, de haber llegado á él con mayor salud física.

La muerta estaba dolorosamente amargada desde hace años por su fracaso en Inglaterra; pero muy principalmente por su fracaso en España, que es donde creía la autora encontraría su público natural una obra de misticismo católico, que es al propio tiempo una página artística de la historia española. Y esa amargura de su espíritu había contribuído á llevarla últimamente por caminos intelectuales peligrosos. En la *Vida de Santa Teresa*, la autora no abandona ni por un momento la actitud objetiva normal de un espectador del misticismo. Claro está que la autora simpatiza con la Santa, y en ocasiones deja correr libremente la propia exuberante fantasía en torno de la biografiada, mientras otras veces deja el curso abierto á la ternura; pero de estos desbordamientos de ternura y de imaginación vuelve siempre la autora á la posición objetiva del historiador, y esta preocupación por la verdad refrena exquisitamente los vaivenes de un alma que era al mismo tiempo demasiado tierna y demasiado imaginativa.

Pero sin duda, el que ella creía fracaso de un libro en que había puesto toda su juventud, quebrantó el vigor de su alma, y mientras en la *Vida de Santa Teresa* se limita á simpatizar con el misticismo, pero sometiéndolo al amor de la verdad austera, en sus trabajos posteriores es arrastrada por ese misticismo á caminos en donde la fría razón no puede ya seguirla.

No hace aún muchos meses que Gabriela Cunninghame Graham tradujo al inglés *La noche obscura del alma*, de ese otro gran místico español San Juan de la Cruz. La traducción es tan maravillosa y admirable que no es ya una traducción, sino una obra en que cada sentencia parece salir de las entrañas de la escritora inglesa. La llamo inglesa porque, aunque nacida en Chile é hija de D. Francisco José de la Balmondiere, ésta era la patria en que se había educado y el inglés era su idioma familiar. Pero puso á ese libro un prólogo en el que, junto á una brillante identificación de todos los misticismos, el cristia-

no y el budista, el gnóstico y el de los cabalistas, hay numerosos pensamientos extraños y poco ponderados.

En estos últimos meses la historiadora de Santa Teresa gustaba de proclamar su conocimiento de un camino por el que se llega á la identificación de las criaturas con la Sustancia única, con el Sér universal, con la Quinta quintaesencia. Cuál era el camino para llegar á esta perfección suma no nos lo decía; pero á lo que parece, en *La noche obscura del alma* había de encontrarse una de las llaves que dan acceso á aquellas excelencias infinitas. Pero sin remontarnos á tan sublimes alturas, no será irrespetuoso suponer que uno de los caminos por el que llegó la muerta al misticismo de sus últimos días fué el fracaso momentáneo—digo momentáneo porque es libro que vivirá muchos años—de su *Vida de Santa Teresa.* Y no deja de sentir el cronista cierto remordimiento colectivo al pensar en el tanto de culpa que corresponde á las clases intelectuales españolas por ignorar á una mujer que entendió y quiso los rincones profundos de nuestra alma histórica como ningún otro extranjero, y probablemente como ningún español moderno.

Ya está enterrada. Su cuerpo reposa en Escocia, el país de su marido, el socialista aristócrata, el orador para muchedumbres, el escritor para exquisitas minorías y el amante de España que se llama Robert Cunninghame Graham y que es el único súbdito del Rey Eduardo á quien se le pone el *Don,* porque sus compatriotas le llaman don Roberto, así, en castellano.

El cadáver está sepultado en el Priorato de Inchmahome, pequeña é histórica isla del Lago de Menteith, conocida en el país por el poético nombre de «Isla de mi reposo». El Lago de Menteith apenas tiene más de seis millas de circunferencia. El Rey Roberto el Bruce lo visitó frecuentemente. La Reina María Estuardo pasó en él uno ó dos años de su infancia. Frailes agustinos habían fundado en su isla su famoso Priorato, en cuyo santuario fueron enterrados durante siglos los condes de Menteith, antecesores de Cunninghame Graham. Ahora el santuario no es apenas más que una ruina. La sepultura de la muerta se halla frente á la de Walter Stewart y su condesa María.

El entierro de la escritora ha sido imponente, porque á él han asistido, aparte de los miembros de la familia Graham, casi todos los feudatarios y renteros del Estado Gartmore, un tiempo propiedad de los Graham, y muchos de los hijos del distrito Menteith. La tarde era hermosa. Las aguas del lago estaban tranquilas. Y los asistentes cubrieron de flores la fosa de la historiadora de Santa Teresa. Después Cunninghame Graham dió las gracias á los asistentes.

Démoslas nosotros, españoles, á la obra de la mujer que tanto quiso á nuestra patria, y si en las Academias de Madrid hay alguien que tenga corazón y sepa leer inglés, lea la *Vida de Santa Teresa,* que una vez leída seguro está el cronista de que acudirá al cuerpo de que forma

parte para pedir que costee una edición española de ese libro, como pago al cariño que la muerta nos tuvo y al mucho esfuerzo y á las brillantes dotes imaginativas y perceptivas que pudo poner al servicio de su esfuerzo y de su amor ideal hacia los grandes místicos españoles.

Nosotros se las damos también al Sr. Maeztu por su piadoso recuerdo para nuestra amiga, á quien tributaremos en breve una gratitud que le prometimos en vida, ofreciendo á nuestros lectores la versión del magnífico prólogo de su traducción de *La noche obscura*.

ARIMI.

SWEDENBORG

(CONCLUSIÓN)

El atrevimiento y perfección de su estudio de la naturaleza requería también una teoría de las formas. «Las formas ascienden en orden, de la más baja á la más alta. La forma más baja es la angular, ó sea la terrestre y corpórea. La segunda es la circular, llamada también perpetuo-angular, porque la circunferencia es un ángulo perpetuo. La forma tercera es la espiral, pariente y medida de las formas circulares; sus diámetros no son rectilíneos, sino variadamente circulares, y tienen una superficie esférica por dentro; por eso esta forma se llama perpetuo-circular. La forma cuarta es la vortical ó perpetuo-espiral; luego sigue la perpetuo-vortical ó celestial, y, por último, la más elevada de todas es la perpetuo-celestial ó espiritual.»

¿Qué extraño es que un genio tan atrevido diera el último paso y creyera poder llegar á la ciencia de todas las ciencias y á entender el significado del mundo? En el primer volumen del reino animal aborda este asunto con las siguientes notables palabras:

«En nuestra doctrina de la representación y correspondencia debemos tratar de estas simbólicas y típicas semejanzas y de estas maravillas que ocurren, no sólo en el cuerpo animado, sino en toda la naturaleza, y las cuales corresponden tan exactamente á las supremas y espirituales que podría uno jurar que el mundo físico es un símbolo del mundo espiritual; y tanto es así, que con sólo cambiar las palabras obtenemos de una verdad ó precepto físico una verdad espiritual ó un dogma teológico. Si hasta ahora no halló esto ningún mortal es porque consi-

deraban las cosas separadamente unas de otras. Voy á poner un gran número de ejemplos de tales correspondencias, juntamente con el vocabulario de las cosas espirituales y de las físicas á que pueden sustituirse. Este simbolismo penetra los cuerpos vivientes.»

El hecho aquí enunciado está implícito en toda poesía, en la alegoría, en la fábula, en el uso de emblemas y en la estructura del lenguaje. Platón le conocía, como es evidente, por el ejemplo de la *línea,* en el libro VI de la *República.* Lord Bacon dijo que la verdad y la naturaleza difieren entre sí como el sello y su imprenta, y presentó como ejemplo algunas proposiciones físicas con su traducción á un sentido moral ó político. Behmen y todos los místicos cumplieron esta ley en sus misteriosos escritos. Los poetas, mientras son poetas, hacen lo mismo; pero, á la manera que los antiguos, usaban del imán sin darse cuenta de ello. Swedenborg fué el primero que puso este hecho en clara luz científica, porque en él vivía y nunca le apartaba de su vista. Está incluído, como dijimos, en la doctrina de la identidad é iteración, según la cual las series mentales corresponden en todo á las materiales. Pero requería una intuición que pudiera poner las cosas en orden y distribuirlas en series, ó más bien requería tan perfecta posición que el eje visual coincidiera con el eje del mundo. La tierra ha nutrido á la humanidad por cinco ó seis mil años, y la humanidad ha producido ciencia, religión, filosofía, y, sin embargo, nadie había visto la correspondencia de significado entre una y otra parte de la naturaleza. Todavía en el día de hoy no tiene la literatura un libro que explique científicamente el simbolismo de las cosas. Tan pronto como los hombres sospecharon que cada objeto del espacio y del tiempo—animal, roca, río ó aire—subsiste, no para sí mismo ni para un fin último material, sino como un lenguaje esculturado, para contar otra historia de los séres y de los deberes, parece que debían haber abandonado toda otra ciencia y que ésta absorbiera todas sus facultades. Parece que el hombre debiera preguntar á todos los objetos: «¿Por qué este horizonte me deja siempre con mi alegría y mis pesares en el centro? ¿Por qué oigo siempre el mismo sentido en la música de las cosas, y por qué leo siempre un mismo hecho en el lenguaje esculturado?» Y, sin embargo, sea que estas cosas no deben ser aprendidas por el entendimiento, ó sea que se necesiten muchos siglos para elaborar y componer un espíritu que las comprenda, ello es que no hay cometa, ni roca, ni fósil, ni pez, ni cuadrúpedo, ni araña, ni hongo que interese más por sí mismo al estudioso que por su significado y por revelar la constitución de las cosas.

Pero Swedenborg no se contentó con el uso familiar del mundo. A la edad de cincuenta y cuatro años echaron en él profundas raíces estos pensamientos, y según suele suceder en la historia religiosa, admitió la peligrosa opinión de que él era

una persona extraordinaria á quien era dado el privilegio de conversar con los ángeles y con los espíritus. Tal éxtasis estaba relacionado con su oficio de explicar el valor moral del mundo sensible. A su recta percepción, á la vez amplia y detallista del orden de la naturaleza, añadía la comprensión de las leyes morales en sus extensas relaciones con la sociedad. Pero todo lo que sabía, en virtud de su inclinación á la forma, no lo veía en abstracto, sino en pinturas, y lo oía en diálogos y lo construía en hechos. Cuando intentaba promulgar la ley con más cordura, veíase obligado á disimularla con una parábola.

La psicología moderna no ofrece otro tal ejemplo de desequilibrio. Pero sus más altas facultades se mantenían sanas, y nos enseñan mucho más que las equilibradas medianías. Intentó descubrir el velo que oculta al *modus* del nuevo estado, afirmando que «su presencia en el mundo espiritual requería cierta separación, pero sólo en cuanto al entendimiento, no en cuanto á la voluntad»; y en otro lugar nos dice que «él veía con la vista interior las cosas de la otra vida con más claridad que las de ésta».

Habiendo adoptado la opinión de que algunos libros del Viejo y del Nuevo Testamento son exactas alegorías, y que fueron escritos de un modo angélico ó extático, dedicó sus restantes años á descifrar este sentido místico. Había leído en Platón la hermosa fábula de que «los pueblos más antiguos son mejores que nosotros y viven más cerca de los dioses», y Swedenborg añadía que hacían uso de la tierra simbólicamente, y que cuando veían los objetos terrenales no pensaban en éstos, sino sólo en las cosas que significan. Se ocupaba, pues, en la correspondencia de los pensamientos con las cosas. «La forma orgánica está modelada según el fin inscripto en ella.»

El hombre es, en general y en particular, una organizada justicia ó injusticia, egoismo ó gratitud. Y en la *Arcana* señalaba la causa de esta armonía: «La razón de por qué todas las cosas en los cielos y en la tierra son representativas, es que cada una existe por el influjo del Señor á través de los cielos.» Este intento de exhibir tales correspondencias, que, generalizadas, harían del mundo un poema de la ciencia y de la historia, fué limitado y desfigurado por su dirección exclusivamente teológica. Su percepción de la naturaleza no es humana y universal, sino mística y hebráica. A cada objeto atribuye una noción teológica: un caballo significa entendimiento carnal; un árbol, percepción; la luna, fe; el gato, ésto; el avestruz, aquéllo; la alcachofa, lo de más allá, y así va ligando pobremente á cada cosa un sentido eclesiástico. Pero no se sujeta tan fácilmente el resbaladizo Proteo. En la Naturaleza, cada símbolo significa innumerables cosas, y cada molécula circula por todo el sistema. La identidad central habilita á cada símbolo para expresar sucesivamente todas las cualidades y formas del sér.

En la transmisión de las aguas celestes, cada tubo se adapta á cada corriente. La Naturaleza se venga pronto de los tercos pedantes que quieren encadenar sus olas. Ella no es literalista. Debemos tomar todas las cosas según la alegoría del genio, y estar en la cima de nuestra condición para comprenderlas bien.

Esta inclinación teológica hizo demasiado estrecha su interpretación de la naturaleza, y el diccionario de los signos todavía está por escribir. Pero el intérprete que la humanidad aguarda no hallará otro predecesor que se haya acercado tanto á la solución del problema.

Swedenborg se llama á sí mismo en una página de sus obras «siervo de Nuestro Señor Jesucristo», y, en verdad, por la fuerza de su entendimiento y por sus resultados es el último padre de la Iglesia y no es fácil que tenga sucesor. No es, pues, de admirar que la profundidad de su sabiduría ética le diese la influencia de un maestro. A la sobrenatural Iglesia de la tradición, con sus misteriosos catecismos, sustituyó él la naturaleza, y el hombre religioso, prescindiendo de palabras y textos, halla con sorpresa que él mismo es una parte de su religión. Su religión piensa para él y es de aplicación universal. Volviendo su vista á todos lados se adapta todos los incidentes de la vida é interpreta y dignifica toda circunstancia. En lugar de una religión que le visitaba diplomáticamente tres ó cuatro veces, al nacer, al casarse, al enfermar y al morir, tiene ahora un maestro que le acompaña todo el día; que le acompaña también de noche y en sueños; que se introduce en su pensamiento y le muestra cuántos ascendientes tuvo su idea; que anda con él en la sociedad y le muestra cuántas afinidades le unen á sus rivales y amigos; que reposa en los objetos de la naturaleza y le muestra cuál es su origen y su significado, cuáles son amigos y cuáles dañosos, y le abre, finalmente, las puertas del mundo venidero, enseñándole la continuidad de las mismas leyes. Afirman sus discípulos que el estudio de las obras de Swedenborg vigorizó su entendimiento.

Son un problema para la crítica sus obras teológicas. Porque son grandes sus méritos y grandes sus defectos. Su inmensa y lozana difusividad parece un prado ó un desierto, y sus incongruencias un delirio. Explana con superfluidad y exagera de un modo extraño la ignorancia de los hombres; cosa fácil de hacer y de creer. Pero también abunda en afirmaciones; hace muchos descubrimientos y muy útiles. Su pensamiento vive en la región de las semejanzas esenciales. Vió las cosas en su ley, en semejanza de función y no de estructura. Con invariable método y orden va dando á luz las verdades, procediendo de dentro á afuera. Y esto, ¡con cuánto celo y seriedad! ¡Sin pizca de vanidad, sin vestigio de orgullo literario! Es un hombre teórico ó especulativo, pero de quien no pueden burlarse los hombres más prácticos. Platón es un hombre togado; su manto de

púrpura, hecho en los cielos, es al fin una prenda académica y estorba á la acción con sus grandes pliegues. Pero la mística de Swedenborg es respetable para el César. Licurgo se inclinaría ante ella.

La intuición moral de Swedenborg, su refutación de los errores populares, su enseñanza de leyes éticas, le ponen fuera de comparación con cualquier otro escritor moderno y le hacen acreedor á la plaza, vacante por muchas edades, de legislador de la humanidad. Esta influencia lenta, pero avasalladora, que ha adquirido lo mismo que otros genios religiosos, debe ser también excesiva y tener su flujo y reflujo hasta que cristalice. Por consiguiente, aquello que hay de real y universal en sus obras no puede ser confinado al círculo de los que simpatizan con su genio, sino que ha de pasar al común comercio de los hombres sabios y justos. El mundo tiene una química muy eficaz, que extrae de las criaturas lo que es excelente y desprecia las flaquezas y limitaciones.

Esta metempsícosis, que es objetiva en la mitología de los griegos y en Ovidio y en la transmigración india, es en Swedenborg subjetiva y depende del pensamiento. Todas las cosas del universo adaptan su orden á cada persona, según su afección predominante. El hombre es lo que es su afección y su pensamiento. El hombre es hombre en virtud de su voluntad y no en virtud de su inteligencia; según es, así ve. Los matrimonios del mundo se rompen. En el mundo interior y espiritual todo se asocia. Lo que los ángeles miran es celestial. Satán se figura ser hombre; para los que son tan malos como él, es un hombre muy atento; para los puros, es montón de carne inmunda. Ninguna cosa soporta la inercia; todo gravita; lo semejante quiere lo semejante; lo que llamamos justicia ideal se verifica hasta en una mancha. Hemos venido á un mundo que es un poema vivo; cada cosa es como soy. Las aves y las bestias no son aves y bestias, sino emanaciones y efluvios de la mente y voluntad de los hombres que las contemplan. Cada cual se hace su casa y su estado. A los aparecidos atormenta el miedo de la muerte y no pueden recordar que murieron. Los que viven en la maldad y en la mentira tienen miedo á los demás. Los que se han privado de la caridad andan errantes; las sociedades á las cuales se acercan descubren su defecto y los echan fuera. El avaro cree habitar donde tiene sus dineros; pero á éstos les parece que andan ratones. Los que ponen mérito en sus buenas obras trabajan como leñadores para calentarse. «Yo les pregunté una vez si no estaban fatigados y me contestaron que todavía no habían hecho bastante para merecer el cielo.»

Swedenborg da á luz frases de oro que expresan con singular belleza las leyes éticas, como cuando exterioriza estas famosas sentencias: «Los ángeles del cielo avanzan continuamente hacia su juventud, de modo que los más antiguos son los más

jóvenes». «Cuanto más ángeles, más aposentos.» «La perfección del hombre es el amor del trabajo.» «El hombre, en su perfecta forma, es el cielo.» «Lo que viene de él, es él.» «Los fines ascienden según la naturaleza desciende.» Y aquella su poética descripción de la escritura de los cielos interiores, que, como consiste en rasgos semejantes á los cielos, puede leerse sin aprendizaje. Casi justifica sus pretensiones de visión sobrenatural con sus extrañas intuiciones de la estructura del cuerpo humano y de la mente. «Nunca se permite á nadie en los cielos estar detrás de otro y mirarle al cogote, porque así se perturba el influjo del Señor.» «Los ángeles conocen el amor del hombre por el sonido de su voz, su sabiduría por la articulación del sonido y su ciencia por el sentido de sus palabras.»

En el *Amor conyugal* ha desarrollado la ciencia del matrimonio. Podría decirse de este libro que con sublimes elementos ha carecido de éxito. Casi llegó á ser el himno de amor que Platón intentó en el *Banquete;* de aquel amor que cantaba Casella con los ángeles en el *Paraíso* del Dante, y que debidamente ensalzado en su génesis, fruición y efecto, arrastraría consigo las almas y les descubriría el origen de todas las instituciones, costumbres y leyes. Este libro habría sido grande si hubiese omitido el hebraísmo y establecido las leyes sin goticismo y sin otra mira que el progreso universal de las cosas. Es un hermoso desarrollo platónico de la ciencia del matrimonio; enseña que el sexo es universal y no local; que la virilidad en el macho cualifica todo órgano, acto y pensamiento, y lo mismo la femineidad en la hembra. Por eso en el mundo real ó espiritual las nupcias no son momentáneas, sino incesantes y totales, y la castidad no es virtud local, sino universal, descubriéndose la liviandad lo mismo en el comercio, en el cultivo, en la conversación y en la filosofía que en la generación, y, finalmente, que aunque las vírgenes que vió en el cielo eran hermosas, mucho más hermosas eran las viudas y crecían sin cesar en belleza.

Pero después de tan excelentes máximas, sujetó Swedenborg su teoría con un alfiler, con una forma temporal. Exagera la circunstancia del matrimonio, y hallando falsos matrimonios en la tierra se imagina que habrá mejor elección en el cielo. Mas para las almas progresivas todos los amores y amistades son momentáneos. *¿Me amáis?* quiere decir: ¿Véis la misma verdad que yo? Si la véis tendremos los dos la misma felicidad; pero en cuanto uno pase á la percepción de una nueva verdad, entonces ya estamos divorciados y ninguna fuerza de la naturaleza nos puede ligar el uno al otro. Yo bien sé cuán deliciosa es la copa del amor, mi existencia para ti, tu existencia para mí; pero esto es cosa de niños que se aficionan á su juguete; es la pretensión de eternizar el fuego de la chimenea y la cámara nupcial, ó de guardar para siempre los palotes que hacíamos cuando niños. El paraíso del Señor es amplio y gran-

de; cuando estamos á la lumbre nos parece fría y desolada la campiña; pero en cuanto salimos fuera nos dan lástima los que dejan la magnificencia de la naturaleza por la luz de un candil. Quizá el verdadero asunto del *amor conyugal* es la *convivencia* ó *trato mutuo*, cuyas leyes son profundamente investigadas. Pero son falsas si á la letra se aplican al matrimonio, porque Dios es el esposo ó esposa de las almas. El cielo no es el ayuntamiento de dos almas, sino la comunión de todas. Nos encontramos dos y vivimos un instante bajo el templo de un solo pensamiento; pero éste se marcha cuando menos lo pensamos para juntarse con otro en nuevos amores. Lejos de haber algo divino en el grosero y egoísta sentido de *me amáis*, sucede al contrario que sólo cuando me abandonáis, fundiéndoos en otro sentimiento más alto, es cuando os hallo cerca de mí, y á mí á vuestro lado; pero me repeléis si fijáis en mí vuestros ojos y me pedís amor. De hecho, en el mundo espiritual cambiamos de sexo á cada momento. ¿Amáis mis méritos? Entonces soy vuestro marido; pero mi mérito no soy yo; mi mérito es una gota del océano de méritos que hay más allá de mí. Mientras tanto, yo adoro un mérito más grande de otro y resulto su mujer. Mas éste aspira á un mérito más alto de otro espíritu, y entonces es la mujer ó receptáculo de esta nueva influencia.

Como se había criado en medio de costumbres inquisitoriales, no es de admirar que estuviera lleno de celo contra los pecados de los hombres de ciencia y que los pusiera en clara luz. Protestó contra la profanación de la bondad por los «científicos». Vió que «la razón sin fe es duda y negación.» Sintió la diferencia entre el conocer y el hacer. Para él los filósofos son víboras, escorpiones, áspides, sanguijuelas, brujos y serpientes voladoras, y los literatos, hechiceros y charlatanes.

Este lugar de sus obras nos sugiere la sospecha de si sería el asiento de su propio castigo. Quizá pagaba Swedenborg la pena de introvertir sus facultades. El ser del genio parece que depende de una feliz coadaptación de corazón y cerebro, de una proporción difícil de facultades morales y mentales, combinadas según una ley semejante á las proporciones químicas. Difícil es llevar una copa llena sin verterse; un hombre dotado con profusión de corazón y mente cae con facilidad en desacuerdo consigo mismo. En su *Reino animal* nos sorprendió declarando que le gustaba el análisis y no la síntesis, y ahora, á los cincuenta años, tiene inquinia á su entendimiento, y aunque sabía que la verdad no es solitaria y que tampoco la bondad, sino que ambas deben mezclarse y casarse, hace guerra á su inteligencia y en toda ocasión la calumnia y la blasfema. Pero la violencia es pronto vengada. La belleza se hace fea y el amor se hace aborrecible cuando se niega la verdad, que es la mitad de los cielos, como también cuando la bilis de un hombre de talento le lleva á la sátira, destruye su juicio. Y, sin embargo,

Swedenborg es sabio, sabio á despécho suyo. Hay en estos pasajes un aire de infinito dolor, el lamento de quien llora todo este lúgubre universo. Se ha sentado un vampiro en la silla de un profeta, y vuelve su vista con horrible apetito á las imágenes del sufrimiento. Como el pájaro hace su nido y el topo su agujero, así este nuevo vidente de las almas excava nuevos infiernos y pozos cada vez más abominables á cada nueva tanda de pecadores. Estaba encima de una columna de espíritus angélicos, y ha podido descender sin daño á la región de los desgraciados para contemplar el estrago de sus almas; para oir sus lamentos; para ver sus verdugos, que aumentan hasta el infinito las penas; para ver el infierno de los impostores, el infierno de los asesinos y el infierno de los lascivos: el infierno de los ladrones, donde se degüella y se cuece á los hombres; el infierno de los calumniadores; los infiernos excrementicios; el infierno de los vengativos, cuyas caras se parecen á un gran pastel redondo y cuyos brazos giran como una rueda. Excepto Rabelais y Dean Swift, nadie ha tenido tanta ciencia de la inmundicia y corrupción.

Estos libros deben usarse con precaución. Es peligroso esculpir las vaporosas imágenes del pensamiento. Verdaderas en la transición, son falsas cuando se fijan. La lectura de estos libros requiere un genio casi igual á su autor. Pero en pasando á la muchedumbre se pervierten sus nociones. La sabia gente griega acostumbraba llevar los jóvenes más inteligentes y virtuosos á los misterios Eleusinos para que se educasen, viendo con pompa y gradación las más altas verdades de la antigua sabiduría. Un ardiente é idealista joven de diez y ocho ó veinte años leería una vez los libros de Swedenborg, estos misterios de amor y de ciencia, y no los volvería á abrir en su vida. Al genio siempre acuden semejantes sueños. El cielo y el infierno están abiertos para él. Pero estas imágenes deben tomarse como místicas, es decir, como pintura arbitraria y accidental de la verdad, mas no como la verdad misma. Véase primero otro símbolo, y después éste.

El sistema del mundo de Swedenborg está falto de espontaneidad central; es dinámico, pero no es vital; le falta el poder de engendrar vida. No hay en él individuos. Es un gigantesco cristal cuyos átomos y láminas se hallan en un orden no interrumpido y sujetos á una unidad fría y constante. Nada hay allí que se parezca á un individuo ó á una voluntad. Es una inmensa cadena que se extiende del centro á los extremos y que ahoga el libre albedrío y el carácter. El universo, en su poema, es un hipnotizado y sólo refleja la mente del magnetizador. Cada pensamiento viene á cada mente por la influencia de los espíritus que le rodean, y á éstos de una sociedad más alta, y así en gradación ascendente. Todos sus tipos significan las mismas cosas. Todas sus figuras hablan un mismo lenguaje. Todos

sus actores swedenborgizan. Sean lo que quieran, vienen á parar en esto. Este Caronte los lleva á todos en su barca: reyes, consejeros, caballeros, doctores, Sir Isaac Newton, Sir Hans Sloane, Jorge II rey, Mahoma, etc. Todos se amontonan en un mismo ceño de color y de estilo. Solamente cuando viene Cicerón, nuestro gentil vidente, se para un poco, y enternecido afirma que «uno de los pocos á quien puede creer es á Cicerón»; pero cuando el *soi disant* romano abre su boca, entonces Roma y su elocuencia huyen y no queda más que el teólogo Swedenborg. Lo mismo sus cielos que sus infiernos son tristes por la falta de individualismo. Ya no hay aquí las múltiples relaciones de cada hombre. El interés que dió en la naturaleza á cada hombre rechazando todo dogmatismo y clasificación está aquí sujeto á tantas concesiones, contingencias y futuriciones, que detenido el vuelo del autor por sus mismas virtudes, cae con toda su brillante compañía. Esta deficiencia reacciona contra el centro del sistema. Aunque la acción del Señor es mencionada en cada línea, no se la ve por ninguna parte. No hay resplandor en aquel ojo que mira desde el centro y que había de vivificar la inmensa dependencia de las cosas.

El vicio de Swedenborg es su exclusivismo teológico. Nada es para él la liberalidad de la universal sabiduría, sino que nos tiene siempre metidos en una iglesia. Aquella musa hebrea que enseñó lo justo y lo injusto á los hombres tuvo con él la misma excesiva influencia que sobre las naciones. Se consagró el modo igualmente que la esencia. La Palestina tiene cada vez más valor como un capítulo de la historia universal, y cada vez menos como elemento de educación. El genio de Swedenborg, el más vasto en estos asuntos, se estragó en este empeño de reanimar y conservar lo que había ya llegado á su natural término y se iba retirando providencialmente ante los moldes occidentales de pensamiento y de expresión. Swedenborg y Behmen fracasaron ambos por su apego al símbolo cristiano; mejor hicieran en quedarse con el sentimiento moral, que lleva en su seno innumerables cristiandades, humanidades y divinidades.

Este exceso de influencia bíblica se muestra en el intempestivo uso de un estilo exótico. «¿Qué tengo yo que hacer—se pregunta el impaciente lector—con el jaspe y el sardonix, el berilo y la amatista, el arca y la pascua, los ephas y los ephods, los leprosos y los hemorroídeos, los holocaustos y cenceñas, las carrozas de fuego, los dragones coronados y cornudos, los behemoths y unicornios? Será esto bueno para los orientales, mas no para mí. Cuanto más se esfuerce usted en explicármelo mayor es la impertinencia. Cuanto más coherente y elaborado sea el sistema, menos me gusta. Digo como el espartano: ¿Por qué me habláis tanto á propósito de cosas que no hacen á mi propósito? Yo aprenderé, según Dios me dé á entender, lo que vean mis ojos y no lo que me traigan ajenas manos. De todos los ab-

surdos, ninguno mayor que el de un extranjero que pretenda sustituir mi retórica por la suya, mis gustos por los suyos».

Decía Loke: «Cuando hace Dios un profeta no deshace al hombre.» Vémoslo comprobado en la historia de Swedenborg. Las disputas de sacristía en la iglesia sueca entre los amigos y enemigos de Lutero y Melanchton, concernientes á la «fe sola» y á las «obras solas», se introducen aquí en las especulaciones acerca de la economía del universo y de las sociedades celestes. El hijo de un obispo luterano, para quien estaban abiertos los cielos de tal manera que con sus ojos veía y en las más ricas simbólicas formas la veneranda verdad de las cosas, y estampaba en sus libros, como por divino mandato, las indiscutibles leyes de la naturaleza moral, con todos estos grandores nunca deja de ser el hijo de un obispo luterano; su crítica se resiente de la polémica religiosa, y sus vastas expansiones hallan límites de diamante. En su visita á las almas lleva recuerdos de la disputa. Es como Miguel Angel, que puso á tostar en el infierno al cardenal que le había ofendido, ó como Dante, que castigó en vengadoras melodías á todos sus enemigos, ó quizá como el párroco de aldea de Montaigne que, cuando venía una granizada sobre la villa, bendecía el día de la sentencia y daba doble ración á sus perros. En la misma confusión nos pone Swedenborg con los castigos de Melanchton, de Lutero y de Wolf, y de sus propios libros, aunque escritos en medio de los ángeles.

Muchas de sus enseñanzas están presas en el mismo cepo teológico. El fundamento de su moral es que los males deben evitarse como los pecados. Pero no conoce qué es el mal ni qué es el bien el que crea que puede sostenerse aquella afirmación. El lo hacía sin duda para defender la personalidad del supremo Juez. Pero no lo consigue. Decís: si un hombre teme la erisipela, mostradle que este temor es malo y deberá evitarlo. Mas yo digo: teme uno el infierno, mostradle que este *temor* es malo. El que ama la bondad hospeda ángeles, reverencia el respeto y vive con Dios. Cuanto menos nos acordemos de nuestros pecados, tanto mejor. Nadie debe gastar su tiempo en contriciones. «Sólo es deber activo—dice el indio—aquel que no nos obliga; sólo es conocimiento aquel que nos libra; cualquier deber sólo es bueno mientras no cansa.»

Otro dogma que proviene de esta perniciosa teología es el infierno. Swedenborg cree en los demonios. El mal, según los antiguos filósofos, es bueno en el agente. La proposición más increíble es que pueda existir la malignidad pura. Esta no debe ser permitida por un agente racional; sería una profanación; sería el ateísmo. Decía bien Eurípides:

En los dioses sólo hay bondad y sér;
quien les imputa mal, los niega.

Esta gótica teología llegó á tal punto de perversión, que

*

Swedenborg no admite conversión para los espíritus malos. Pero la fuerza divina nunca se cansa; la basura se convierte con el sol en hierba y flores, y el hombre, aunque esté en burdeles, en cárceles ó en la horca, siempre está en camino de la verdad y del bien. Burus, con la salvaje furia de su apóstrofe á Nickia Ben, le dice:

Piensa por fin y enmiéndate.

Lleva, pues, la ventaja sobre la teología negativa. Todo es superficial y perece menos el amor y la verdad. El sentimiento más amplio es siempre el más verdadero, y todos vemos el generoso espíritu de Vishnu cuando dice: «Yo soy el mismo en todos los hombres. Nadie es digno de mi amor ni de mi odio. Los que me adoran están en mí y yo en ellos. El que sigue malos caminos, si me sirve á mí solo, es tan respetable como el justo, obra bien y pronto será espíritu virtuoso y obtendrá la eterna felicidad.»

En cuanto á su rara pretensión de revelaciones sobrenaturales, sólo su honradez y su genio le disculpan. Sus revelaciones pierden crédito tan pronto como indican detalles. Si un hombre me dice que el Espíritu Santo le ha revelado que el juicio final será en el año 1757, ó que los alemanes tendrán en la otra vida otro cielo que los ingleses, yo le replicaré: «El Espíritu que es *Santo* también es reservado, taciturno y amigo de la ley.» Los aparecidos adulan y anuncian fortunas. Las enseñanzas del espíritu son muy sobrias, y respecto de los particulares son negativas. El genio de Sócrates no le avisaba lo que debía hacer, sino lo que debía evitar. «No sé—decía—qué cosa sea Dios; pero sé lo que no es.» Los indios han llamado al Sér Supremo «Freno interno». Los iluminados quákeros explicaban su luz, no como algo que les sirviera de guía en las acciones, sino como un impedimento para obrar mal. Pero los mejores ejemplos son los de experiencia privada, y todos están conformes en este punto. A decir verdad, la revelación de Swedenborg es una confusión de planos, defecto capital en un categorista como él. Confundió la ley de la superficie con el plano de la substancia; confundió el individualismo y sus locuras con el reino de las esencias y universalidades, lo cual es una dislocación y un caos.

El secreto de los cielos está guardado á través de las edades. Ningún ángel imprudente ó parlanchín se deja escapar una sílaba para responder á los anhelos de los santos ó á los miedos de los mortales. Cada uno de nosotros ha oído á alguna favorecida que se figuraba llevar sus pensamientos en dirección paralela con las corrientes celestiales, y ver las circunstancias de la nueva vida de las almas recién libertadas. Pero ello es cierto que tales revelaciones no se hacen sino á naturalezas excelentes que no sean inferiores en tono á las obras ya conocidas del artista que esculpió los globos del firmamento y que escribió

las leyes morales. Han de ser naturalezas humanas más frescas que el rocío, más estables que las montañas, amigas íntimas de las flores, de las olas y del nacer y ponerse de las estrellas de otoño. Y estas personas oirán como ronca canción las armonías del más melodioso poeta, una vez que hayan escuchado la penetrante nota-clave de la naturaleza y del espíritu, el latido de la tierra, el latido del mar y el latido del corazón, que forman el concierto con que gira el sol y ruedan los glóbulos de la sangre y circula la savia del árbol.

Por estas señales comprenderemos que ha habido profecía, que ha habido revelación. Pero en la de Swedenborg no hay belleza, no hay cielos; en lugar de ángeles son duendes. Su triste musa ama la noche, la muerte y el abismo. Su infierno es mesmeriano. Su mundo espiritual está en la misma relación con las generosidades y alegrías de la verdad, que las pesadillas con la vida ordenada y feliz. Y en verdad que sus lúgubres pinturas se parecen mucho á aquellas pesadillas que á un hombre honrado y benévolo, pero dispéptico, le convierten por la noche en un desesperado perro ladrador de la luna y de toda la creación. Cuando Swedenborg sube á sus cielos, yo no entiendo su lenguaje. No basta que un hombre me diga que ha morado entre los ángeles; la prueba será si á mí me hace angel. ¿Serán los arcángeles menos majestáticos y dulces que muchas figuras de este mundo? Los ángeles que Swdenborg pinta no nos dan muy elevada idea de su disciplina y de su cultura; parecen todos curas de aldea; su cielo es una fiesta religiosa de pueblo, ó una distribución francesa de premios á la virtud. ¡Hombre extraño, escolástico, didáctico, sin pasiones, sin sangre, que clasifica á las almas como el botánico sus hierbas, y hace una visita al infierno como á un estrato de cal ó de piedra azufre! No me es simpático. Cual un moderno Radamanto con peluca, va y viene entre los hombres, y con aires de seriedad va distribuyendo y clasificando las almas. Las personas ardientes, borrascosas y apasionadas, son para él una colección de los jeroglíficos ó una procesión simbólica de francmasones. ¡Cuán diferente es Jacobo Bohmen! Este sí que es temeroso, emocional, y escucha sobrecogido de respeto las lecciones del Maestro; y cuando afirma que «el amor es en cierto modo más grande que Dios», su corazón late con tanta fuerza que su roce con el chaleco se deja oir á través de los siglos. Hay aquí una gran diferencia. Bohmen es un sabio, de manera sana y hermosa, á pesar de la estrechez é incomunicabilidad del misticismo. Swedenborg es un sabio displicente, y aun con todos sus dones nos paraliza y nos repele.

La señal más evidente de una gran naturaleza es que nos abre un panorama, y que como el aire de la alborada nos invita á salir á la campiña. Pero Swedenborg es retrospectivo y no podemos concebirle sin su gabán y su almocafre. Hay inteligencias que nunca pueden descender á la naturaleza; otras que no

pueden ascender de ella nunca. Con aquella su fuerza de muchos hombres nunca pudo romper el cordón umbilical que le unía con la madre Naturaleza, ni elevarse á las alturas del genio puro.

Es muy de notar cómo este hombre que con su percepción y sus símbolos vió la poética estructura de las cosas y la primaria relación de la mente á la materia, quedó de por vida enteramente privado de todo el aparato de la expresión poética que suele ser creado por aquella percepción. Sabía la gramática de la lengua madre; ¿cómo es que no pudo leer nada con armonía? ¿Acaso le aconteció lo que á Saadi, que en una visión presentó á llenar su seno con celestiales flores para regalar á sus amigos, pero le envenenaba la fragancia de las rosas, teniendo que dejar caer la túnica de las *manos*? ¿Es que en los cielos se dejó buena parte de sus virtudes? ¿Es que vió la visión intelectualmente y de ahí este hielo intelectual que penetra sus libros? Sea de esto lo que quiera, no hay en sus libros melodía, ni moción, ni humor, ni nada que los eleve de la triste prosa. En su profusa y bien pensada *imaginería* no hay placer porque no hay belleza. Andamos errantes y perdidos en un campo negro. No cantan las aves en estos jardines de la muerte. La absoluta falta de poesía en una mente tan trascendental causa disgusto, como el oir una voz ronca en una persona hermosa. Creo que no será leído por mucho tiempo. Su gran renombre quedará sepultado en una frase. Sus libros serán un monumento. Está tan mezclado su laurel con el ciprés, y su incienso de templo con aire de cementerio, que nunca será á propósito para un alma joven.

Sin embargo, en esta inmolación del genio y de la fama en aras de la conciencia hay un mérito sublime que excede á toda alabanza. Vivió para un propósito, dió un veredicto; eligió la bondad como el faro de su alma en este laberinto. Muchas de sus opiniones se disputan el verdadero centro. En el naufragio, unos se agarran á una tabla, otros á otra; pero el piloto escoge con ciencia y dice: «El que venga conmigo gana la costa.» No confiéis en favores del cielo, ó en la compasión de los hombres, ó en la prudencia, ó en el sentido común, ó en las antiguas costumbres. Nada puede salvaros: ni el destino, ni la salud, ni lo admirable de vuestra inteligencia. Solamente os salva la rectitud; la rectitud os salva para siempre. Esto es lo que escoge Swedenborg con tenacidad incansable en todos sus estudios, descubrimientos y sueños. Me le imagino como á un trasmigrador devoto de la leyenda india, que dice: «Aunque yo sea perro ó chacal ó hiena, por debajo de toda ferocidad guardaré la escalera que conduce los hombres á Dios.»

Swedenborg ha hecho á la humanidad un doble servicio, que ahora comienza á ser conocido. Dió sus primeros pasos con la ciencia de la experiencia y de la práctica; observó y publicó las

leyes de la Naturaleza; subió gradualmente de los efectos á las causas; se inflamó de la piedad y armonías que sentía y se abandonó á su alegría y á su culto. Este fué su primer servicio. Y si la gloria fué demasiado resplandeciente para que la soportaran sus ojos, si se embriagó con el deliquio del placer, ¡tan excelente es el espectáculo que él vió y las realidades que á través de él brillaron sin ser oscurecidas por las flaquezas del profeta!, y con esto hace á los hombres otro servicio, aunque pasivo, quizá no menor que el primero, en el gran círculo del sér y en las retribuciones de la naturaleza espiritual, tan gloriosas y tan hermosas.

R. V. EMERSON

Notas, Recortes y Noticias.

Los diálogos de amor.

En el próximo número empezaremos la publicación de la famosa obra de León Hebreo, que ya habíamos anunciado anteriormente y que hemos retrasado á pesar nuestro para ofrecerla mejor, con arreglo á las mejores y más antiguas ediciones.

Se trata de *Los diálogos de amor,* obra agotada, rara ya, y que sólo puede conocerse entre nosotros por las versiones francesas—no muy buenas por cierto—ó por las italianas, tan escasas en España como la magnífica castellana del Inca Garcilaso.

Un caso de sonambulismo.

En *El Adelanto,* de Salamanca, correspondiente al día 9 del mes pasado, se refiere el siguiente suceso, que trasladamos sin comentario alguno, y que sin ellos inserta el mencionado periódico:

«El domingo por la noche ocurrió en una taberna de la calle de Meléndez un suceso que tuvo por unos momentos en completa alarma á los vecinos que se apercibieron del toque de la bocina del sereno.

A las once de la mencionada noche se hallaba apostado el sereno particular de la plazuela del Corrillo en la esquina de la calle de Meléndez, cuando oyó los gritos de ¡socorro!, ¡sereno!, que lanzaba una mujer desde un balcón.

Cuando el sereno se disponía á cumplir con su deber, un concejal que pasaba por aquel sitio le hizo tocar la bocina, con lo que la alarma creció considerablemente.

Las voces partían de la casa núm. 2 de dicha calle, donde tiene establecida una tienda de vinos la viuda de Marcos, conocida por la *Roma*.

El sereno particular, en compañía de otros transeuntes, subieron á la casa dispuestos á registrarla, en la creencia de que hubiera en ella algunos malhechores, y se encontraron únicamente á la criada.

La criada se hallaba dormida, de pie y con una cerilla en la mano, y los serenos no se atrevieron á despertarla por creerlo muy peligroso.

El sereno y las demás personas que acudieron á prestar auxilio abandonaron la casa comentando el suceso.

En la calle y en los balcones había muchas personas que se hallaban poseídas del consiguiente temor, producido por el toque de la bocina del sereno.»

Nuevas Ramas. La Sección Cubana de la Sociedad Teosófica cuenta con dos nuevas Ramas: una, creada por carta constitutiva del 28 de Marzo de este año en San Pedro Coahuila (Méjico), bajo el nombre *Rama Himâvât*, calle de Zaragoza, 38. Son Presidente y Secretario de ella D. Manuel Vargas Ayala y D. Sabino A. Flores, respectivamente.

La otra Rama, titulada *Rama Loto*, creada por carta constitutiva del 28 de Mayo último, ha sido establecida en Monterey (Méjico), calle Benito Juárez, 49. Son Presidente y Secretario de ella D. Félix Pérez y D. Silvestre Garza.

A ambos Centros de estudiantes les enviamos nuestra más cordial felicitación y les deseamos la mayor perseverancia.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Prentice Mulford.—*Nuestras fuerzas mentales.*—Vol. II. Barcelona, 1906. Carbonell y Esteva, editores. Rambla de Cataluña, 118.

La buena acogida que ha tenido por el público español el primer volumen de esta obra ha decidido á sus editores á proseguir la edición de este interesante monumento del neomisticismo contemporáneo. Y ha sido, en verdad, una felicísima idea esta versión entre nosotros, porque aun para una gran parte del vulgo, toda la grandeza y el esplendor de Norte América se vincula á una prepotencia material, mecánica, completamente positiva y materialista. Se ha visto y se ve por esas gentes, cortas de vista y poco enteradas de las entrañas de las cosas, que ese pueblo tan grande y poderoso, en un corto y reducido período de tiempo, ha enviado sobre el mundo tres grandes regalos de Reyes en el telégrafo, el teléfono y el fonógrafo, y se ha visto un pueblo de magos sublimes, de magos nuevos, ignorando que esa magia moderna no hubiera podido ser en modo alguno sin un previo desarrollo espiritual del mayor alcance y trascendencias posible. R. V. Emerson, Wat-Witman, el mismo autor de este libro que provoca estas observa-

ciones, Prentice Mulford (1834-1891), y en nuestros días más próximos todavía el ilustre W. James que, con Wat-Witman, compete el cetro de la espiritualidad en los Estados.

Un hecho que acreditaría cuanto decimos está sencillamente en recordar que *todo cuanto los Estados contienen de bueno* procede de aquel éxodo de los puritanos, y toda la grandeza material de Norte América se deriva de una influencia religiosa y moral de las saludables que ha podido experimentar un pueblo.

Aquellos hombres han traído una nueva savia, una serie de puntos de vista completamente originales para ver el problema moral; así en todos ellos hay capitulos novísimos que podrían reputarse por extravagantes por los antiguos tratadistas, descentrados en verdad de la vida y de las necesidades humanas. Para no citar sino algunos ejemplos, recordamos el canto á la ciudad moderna, de Wat-Whitman, y el famoso *Nueva clase de ceguera*, de W. James. Prentice Mulford presenta también estudios semejantes, y vayan como ejemplos *La religión del vestido*, uno de los más originales y profundos estudios que se insertan en este tomo, y el titulado *La acción educadora del drama*, comparable únicamente al famoso del ilustre Maeterlinck, *El trágico cotidiano*.

Hay un trabajo, sobre todo en este volumen, sobre el que quiero llamar la atención con toda preferencia á nuestros lectores; es el último que se incluye, con el título *La necesidad del dolor*. En él hallarán una respuesta los que tantas veces se han preguntado: ¿Por qué hemos de sufrir para alcanzar la perfección?

Un análisis detenido de esta obra nos ocuparía demasiado espacio. Yo la he leído cuidadosamente; es más, la he estudiado, y no vacilo en recomendarla como una obra sana, fuerte, útil para fortificar la voluntad caída ó crear la que ha desaparecido en definitiva en las gentes desesperanzadas.

Rafael URBANO

C. Richet.—*Los fenómenos llamados de materialización realizados en Villa Carmen.*—1 vol. Barcelona. Carbonell y Esteva, editores.

Constituye la primera parte de este libro la detalladísima relación que hace Richet, el sabio fisiólogo, bien conocido no solamente en Francia, sino en todo el mundo intelectual europeo por sus obras y por sus trabajos de alto valor científico, de los hechos presenciados por él y comprobados hasta el punto de que al final de su estudio puede fundadamente exclamar: «Estoy plenamente convencido de que asistí á realidades positivas, no á burdas mentiras. Lo cierto es que no sabré decir en qué consiste precisamente la materialización..... Lo único que estoy dispuesto á sostener es que hay en estos fenómenos algo profundamente misterioso que ha de cambiar un día radicalmente nuestras ideas acerca de la materia y acerca de la vida.»

De estas claras y terminantes palabras del célebre Richet se deduce la absoluta *posibilidad* de la materialización fantasmática, ó digamos que es posible la aparición de un sér vivo sin personalidad en nuestro mundo visible. Este hecho es el que resulta perfectamente probado de los experimentos de Richet, realizados con todo el método y todas las precauciones que la ciencia y la experiencia podían sugerir á un fisiólogo de tan indiscutible mérito como él es. Que la aparición del fantasma es una realidad, en las páginas escritas por Richet, aparece tan claro como la luz del sol, aunque

es muy poco lo que sabe la ciencia todavía acerca del proceso de un hecho hasta ese punto extraordinario.

Natural es que ante una afirmación tan rotunda de un hombre de ciencia y de autoridad bien reconocida se hayan levantado también rotundas negaciones, dando esto origen á vivísimas polémicas que se han seguido principalmente en la prensa francesa, en la inglesa y en la norteamericana, pero sin que haya nadie logrado destruir, ni debilitar siquiera, las terminantes afirmaciones del sabio Richet. En el libro de que damos aquí el resumen figura, después del estudio detallado de Richet, la empeñadísima controversia á que aquél ha dado lugar, pues no se satisfacía la imparcialidad de su autor dando su sola afirmación, por lo que quiso hacerla seguir de los escritos de sus contradictores, bien que de la atenta lectura de todo el libro se desprende la completa inanidad de los argumentos que se han tratado de hacer valer contra el hecho ante el mundo científico proclamado por el sabio fisiólogo, demostrando paladinamente la misma controversia suscitada que contra el hecho sostenido por Richet, *explíquese* mejor ó peor, no hay razones que prevalezcan, como no las puede haber jamás, contra un hecho positivo cualquiera, explíquese el hombre este hecho ó no se los explique, pues el hecho del mismo modo existe.

Se comprende, por otra parte, la resistencia que comúnmente se opone á la aceptación de ciertos y determinados hechos al pensar que, según ha dicho Büchner, la derrota del materialismo ó monismo sería el derrumbamiento de toda la ciencia actual. Pues bien, aquí está un hecho, el hecho afirmado por Richet, que parece contradecir el sistema monista, y es claro que la llamada ciencia oficial no querrá darse tan pronto por derrotada además de que la fuerza de la rutina es una fuerza inmensa. Pero el hecho proclamado, el hecho positivo, ¿quién lo destruye? Ni en el hombre, ni fuera del hombre, hay poder que baste á tamaña empresa..... No hay más que rendirse ante él, incondicional y absolutamente.

Una cosa que avalora y acrecienta á esta publicación es que en ella van incluídas las opiniones de O. Lodge y las de los individuos que primeramente opusieron algún reparo á los extraños fenómenos que ocurrieron en Villa Carmen.

La parte editorial es esmerada y no desmerece en nada el buen gusto proverbial ya en la casa editora.

C. G.

El secreto de Onofroff ó la transmisión del pensamiento, por Fabius de Champville, 0,50 pesetas. Biblioteca de «La Irradiación». Mayor, 50, principal, Madrid.

¡Cuánto no se ha inventado, dicho y escrito para explicar el extraño fenómeno de *la transmisión del pensamiento!*

En este folleto, para evitar fantasías, se publica una carta de uno de los más célebres *lectores del pensamiento*, M. Stuart C. Cumberland, dirigida al director de *Le Gaulois*, explicando el modo cómo realizaba el fenómeno.

También se expresan las opiniones de Irving Bishop y Zamora, célebres adivinadores del pensamiento, y de los notables doctores Richet, Fournie y Ribot, con lo que se da á los lectores idea general de lo que se ha dicho, hecho y escrito acerca de esta cuestión.

El autor termina explanando su teoría, que los experimentadores pueden poner en práctica para convencerse de su verdad, puesto que ya la telepsiquía es una prueba á favor de ella.

U. G.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.